

Introducción

Ernesto, de ocho años, el único hijo de Victoria, me guía hasta la cima del cerro más alto de La Tablada, un pueblo joven de Lima a veinte kilómetros al sur del centro de la ciudad¹.

La vista desde lo alto del cerro es impresionante. Trescientos sesenta grados a nuestro alrededor, otros cerros y llanuras. El desierto seco de piedras y tierra se extiende eternamente. Se pierde en la niebla que se aferra a las faldas de los Andes. Está cubierto de miles de viviendas de colores, algunas improvisadas con tablones, triplex y plásticos. Distingo caminos y a veces escaleras excavados en las laderas. Los barrios más remotos no tienen acceso ni al agua ni a la electricidad. No hay carreteras que lleven a ellos. Las casas de los barrios más antiguos, cerca de las carreteras principales, están construidas en parte con ladrillo y cemento. Revelan la paciente evolución, a lo largo del tiempo, de los márgenes de la ciudad y las esperanzas de progreso de quienes se instalaron en ellos. La inmensidad del Cono Sur de Lima

¹ «La Tablada» es el nombre común de un barrio popular, llamado marginal, situado a 20 km al sur de Lima. Su nombre oficial es «San Francisco de La Tablada de Lurín». Este es el lugar principal de mis observaciones. En este texto, utilizaré simplemente el nombre «La Tablada», que es el que se suele utilizar localmente.

se despliega ante nosotros. Está formado por cientos de asentamientos informales, contruidos por emigrantes de todo el país. La explosión demográfica de la ciudad me dejó atónita. ¿Dónde y cómo los nuevos emigrantes y la generación más joven podrán encontrar un lugar donde vivir?².



El Cono Sur de Lima desde lo alto de un cerro de La Tablada.

Foto Grard C. 2015.

Al igual que sus vecinos, emigrantes de los Andes, la madre de Ernesto trabajaba en una cantera de piedra en el cerro. Colgada de una cuerda utilizaba una barra de hierro para derribar secciones de roca. Luego utilizaba un mazo para romper los grandes bloques y convertirlos en materiales de construcción y grava. Los que trabajan allí ganan, con suerte, algo más que el salario mínimo legal.

2 Notas de campo en julio de 2015.



Trabajadores en el cerro de La Tablada. Julio de 2015. Fotos Grard C.

Cada año, el cerro se cobra su tributo: una pierna, un brazo, una vida. Unos meses antes de mi visita, Victoria murió sepultada bajo una avalancha de rocas. Ernesto se quedó solo.

1. EL MURO DE LA VERGÜENZA

Estos barrios autoconstruidos en el desierto sur de Lima estuvieron separados por décadas de las zonas residenciales por un muro que la prensa local e internacional llama «el muro de la vergüenza». A un lado, dos de las zonas más lujosas de la capital peruana: Las Casuarinas³ y La Molina; al otro, dos distritos populares: San Juan de Miraflores y Villa María del Triunfo, y más allá, Villa El Salvador y todo el Cono Sur de Lima. Este muro reflejaba las tensiones que atraviesan la sociedad peruana, entre lo evidente y la duda. La palabra «muro» alude a la discriminación socioespacial, y la palabra «vergüenza» cuestiona la validez de su existencia y, más ampliamente, de la segregación social presente en Lima y en el conjunto del país. El Muro comenzó a construirse por partes en los 80. Los dos últimos tramos se construyeron

3 En el distrito limeño de Surco.

durante la creación de dos nuevos barrios espontáneos⁴ de chozas, uno en 2011, para bloquear el paso de los vecinos del barrio Frontera Compartida, el otro en 2014, cerrando la vista del barrio Bella Vista se completó el año 2011 serpenteando a lo largo de las crestas de los cerros, en terrenos comunales y estatales, y no como límite de la propiedad privada. Privatizaba los espacios públicos y bloqueaba los pasos normales. Este muro, de diez kilómetros de largo y tres metros de alto, tuvo la singular reputación de ser el muro urbano más largo del mundo construido para separar barrios, específicamente con fines de seguridad. Estaba reforzado con rollos de alambre de púas. Una guardia privada de unos cuarenta hombres la vigilaba día y noche desde el lado que da a Las Casuarinas y La Molina. En la muralla se abrieron algunos pasadizos durante el día. Los guardias comprobaban la identidad de quienes intentan pasar. Sólo se permitía el paso a jardineros, personal de seguridad, personal doméstico y otros empleados que trabajan para los residentes de Las Casuarinas⁵ o La Molina (Bayon, 2017; Unger *et al.*, 2017; Pighi, 2015).

A finales de 2022, el Tribunal Constitucional determinó que este muro era un atentado hacia la libertad de tránsito y aprobó su demolición y ordenó a la Municipalidad de La Molina que derribe el muro que divide dicho distrito con Villa María del Triunfo en diciembre del 2022. Finalmente, la Municipalidad ejecutó la orden recién el 28 de agosto del 2023. En las redes sociales muchos comentarios criticaron su desaparición. Mas allá de su existencia material, el Muro de la Vergüenza queda para algunos

4 Estos barrios también suelen denominarse informales o marginales, ya que se construyen sin autorización oficial ni títulos de propiedad en terrenos desiertos, que suelen ser de propiedad estatal o comunal.

5 Las Casuarinas también es una «urbanización cerrada», es decir, una zona totalmente privatizada. Las carreteras están cerradas por barreras y se comprueba la identidad de todos los que desean entrar.

como una necesidad para protegerse cuando para otros, es un insulto. El Muro simboliza todavía la aguda dualidad social presente en Perú. En un momento en que el mundo está cada vez más interconectado y globalizado, este muro se construyó en Lima, como muchos otros en la capital y en otras partes del mundo. Estos muros que están surgiendo en Lima y en todo el mundo demuestran que la globalización no es la ausencia de territorio y no es incompatible con la existencia y recreación de fronteras difíciles de cruzar (Abélès, 2008). Son mucho más que un límite físico en el espacio. La mayoría de los muros que se construyen hoy en día están pensados para protegerse del «otro», del invasor, del «bárbaro». Expresan desconfianza hacia quienes son designados como «diferentes» o incluso «extranjeros». En definitiva, revelan la ambigüedad del proceso de globalización, que es sobre todo financiero, comercial y tecnológico. Estos muros ponen de manifiesto ciertas tendencias que propugnan la vuelta a la construcción de fortalezas modernas y al confinamiento voluntario de determinados grupos, como en las urbanizaciones cerradas (de Saint-Victor, 2007: 16-18). Demuestran una voluntad de fragmentar el territorio, eliminar los espacios comunes e imponer la discriminación y la marginación a sectores de la población como algo natural (Scherrer, 2008: 186-187)⁶.

La dualidad de la ciudad se mantiene gracias a las creencias, la falta de encuentros y la invisibilidad de los habitantes de los barrios marginales, a pesar de que son mayoría.

Josefa, una mujer de una zona residencial de Lima, junto a la que estoy sentada en un avión: ¿Vives en Perú?

6 Me refiero a los conceptos de «residuos humanos» y «mixofobia» detallados por Zygmunt Bauman en *Le Présent liquide*, 2007, p. 113. Véase también, del mismo autor, *Wasted Lives: Modernity and its Outcasts*, Cambridge, Polity, 2004.

Christine: Vivo en La Tablada.

Josefa: No conozco.

Christine: Está en el Cono Sur de Lima, en Villa María del Triunfo.

Josefa: ¿No es peligroso vivir allí?

Christine: En general, es una zona muy tranquila. No es más peligrosa que otras partes de Lima y los vecinos se cuidan los unos a los otros.

Josefa: De hecho, me doy cuenta de que no sé lo que pasa allí, no estamos informados. Nunca he estado en ninguno de los barrios que rodean la ciudad. Imaginamos que son peligrosos y que no deberíamos ir allí, pero en realidad, simplemente no sabemos⁷.

Alexander, un niño de doce años de La Tablada, también expresa su ignorancia y su imaginación sobre otros barrios distintos al suyo. Para él, son extraños y fascinantes porque nunca ha estado allí. Sólo conoce los barrios elegantes por lo que ve en la televisión y por lo que dice de ellos la gente de su entorno.

Christine: ¿Puede decirme qué significa Lima para usted?

Alexander: Lima⁸, es otra ciudad.

Christine: ¿Otra ciudad?

Alexander: Sí, está lejos. Allí la gente tiene una vida diferente.

Christine: ¿Y La Tablada, donde vives, no forma parte de Lima?

Alexander: No, La Tablada forma parte de Villa María.

7 Conversación en el avión entre Lima y Cajamarca en febrero de 2015.

8 Alexander utiliza el término Lima para referirse a todo lo que hay al otro lado de la frontera que fue el Muro de la Vergüenza y del puente de Atocongo. Demuestra la incertidumbre que siente sobre el lugar que ocupa su barrio en la metrópoli.

Christine: ¿Te gustaría ir a vivir allí?

Alexander: ¡No! Es más tranquilo aquí⁹.

De ambos lados se construyen mundos en un imaginario recíproco de «los que viven al otro lado». Los vastos barrios informales y populares del sur de Lima y los barrios residenciales son dos realidades que se enfrentan en una lucha de poder asimétrica alentada por la dinámica de la dualidad y la discriminación estructural. ¿Cuáles son las consecuencias de esta discriminación? ¿Cómo la viven y enfrentan quienes viven del lado de los «indeseables» (Agier, 2008)? ¿Cómo se sitúan en esta ciudad atravesada por muros que parece decir que no los quiere? ¿Cómo y por qué se ha llegado a esta situación en Lima? ¿Cuáles son los caminos que atraviesan simbólicamente los muros discriminatorios?

2. ANTROPOLOGÍA DE UN LUGAR FAMILIAR Y LAS PERSONAS CERCANAS A ÉL

Para mí, La Tablada es ante todo un lugar para vivir. Viví allí de 1986 a 1992 con mi marido Etienne (el doctor Esteban), trabajando en salud comunitaria. Nuestros tres hijos pasaron allí parte de su infancia. Con la ayuda y los consejos de las hermanas de la Misericordia y de las mujeres de los comedores populares parroquiales que querían aprender sobre salud, organizamos cursos de promoción de la salud y creamos un pequeño centro de salud. Durante más de veinte años, estas mujeres, convertidas en promotoras de salud, prestaron servicio gratuitamente, controlaron la salud de los niños, dieron consejos para prevenir las enfermedades y la malnutrición, vacunaron, atendieron, gestionaron una farmacia, recibieron a los enfermos, visitaron a los que no pueden

9 Conversación con Alexander como parte de un *grupo focal* con niños de sexto de primaria de una escuela de La Tablada, agosto de 2017.

desplazarse y los atendieron a domicilio, y ayudaron a las futuras madres a dar a luz. Realizaron este trabajo por el bien de la comunidad, aunque ellas mismas vivían en condiciones precarias y bajo las amenazas del terrorismo y de la represión omnipresentes. A veces trabajaron a pesar del toque de queda. En los años 80, la malnutrición afectaba a casi tres cuartas partes de los niños. La mortalidad infantil por neumonía y diarrea era muy elevada. Las consultas médicas ofrecidas por las estructuras estatales eran muy insuficientes. El trabajo de estos promotores de salud, en coordinación con otras estructuras locales como los comedores populares, ha desempeñado un papel importante en la mejora de la salud y de la vida de los habitantes de Tablada.

Volví muchas veces entre 1993 y 2024. A lo largo de los años, registré informaciones, escribí informes y artículos para pequeñas revistas. Mis recuerdos se suceden y acumulan, pero también sufren el paso del tiempo. Muchos de los momentos que viví, a veces intensamente, nunca fueron escritos, ni siquiera relatados. Estos acontecimientos están contenidos en mi texto, a veces simplemente de forma implícita. También he optado por relatar ciertos acontecimientos de forma genérica. En pocas palabras, o a través de un único relato, se cuentan multitud de sucesos similares. Lo he completado con investigaciones más específicas llevadas a cabo en otras partes de la ciudad, con diversas organizaciones y en el norte del país.

3. INVESTIGAR ES INTENTAR PERCIBIR

Para la investigación, empiezo a trabajar casi todas las mañanas en el puesto de María Sandoval de Alcántara en el mercado del segundo sector¹⁰ de La Tablada, uno de los muchos barrios llamados «marginales» del sur de Lima. Desayuno allí. Escucho las conversaciones y charlo con los vecinos que entran a comprar un pan, un jugo o un café. A veces me quedo allí durante horas. La mesa de María, un lugar donde la gente se reúne, intercambia ideas y se informa, valdría por sí sola para escribir un libro. Nadie me pregunta qué hago allí. Acabo convirtiéndome en parte del decorado y poco a poco se van soltando las lenguas. Los temas más delicados sólo se tratan al cabo de varias semanas.

Al principio, «nadie lo sabe», las respuestas son evasivas, los vecinos evitan el tema. Luego, poco a poco, más y más detalles sobre la vida local, sucesos divertidos, delincuencia, miedos, cosas que enfadan y disgustan a la gente, pero que es imposible decir abiertamente. La confianza crece. Me adentro en lo desconocido, lo sorprendente, las preocupaciones no expresadas. Los tabúes surgen a medias. Tengo que cruzar y superponer estos múltiples retazos para empezar por fin a entender lo que todo el mundo parece saber y nadie cuenta.

10 Tablada está dividida en seis sectores.



Puesto de María Sandoval en el mercado de La Tablada. Está acompañada por su esposo don José Alcántara y por su sobrina Sorilinda Sandoval. Fotografía de Christine Grard, 2015.

Completé los datos de estas observaciones con encuestas de campo más específicas a determinados grupos de población y con entrevistas informales o semiestructuradas. Me reuní con personas de todas las edades en los lugares donde viven habitualmente: casas, mercados, calles, escuelas, campos de deporte, plazas, asociaciones, etc. Tomé notas y fotos in situ, y grabé las conversaciones siempre que fue posible. Cuando no pude hacerlo, transcribí lo que vi lo antes posible, en texto, diagramas y dibujos. Los pasajes de estas notas se tradujeron oralmente y se comentaron con varias personas de La Tablada: mujeres en el mercado, padres, antiguos dirigentes, jóvenes en las reuniones, así como trabajadores sociales, una arqueóloga y sociólogos que viven en La Tablada.

Aparte de estos viajes, trabajé por teléfono, Skype, Facebook, WhatsApp y correo electrónico. Esther Ita, una joven madre de La Tablada y profesora de primaria, complementó mis encuestas cuando me faltaban datos.

Durante los primeros viajes, me alojé con familias amigas, lo que me permitió estar en contacto con los jóvenes y sus padres y obtener pistas para nuevos contactos. En mis últimos viajes, me alojé en una pequeña habitación en una calle cercana a donde se reúnen ciertos grupos de jóvenes. Esto me dio una mayor flexibilidad de movimientos, la posibilidad de salir por la noche y recibir a gente de la que mis amigos desconfiaban, al tiempo que protegía a las familias que me acogieron en las primeras ocasiones de los riesgos de robo y violencia¹¹. Esta habitación también se ha convertido en un posible retiro donde trabajar y ponerme a distancia, para intentar comprender, sobre todo cuando las emociones están a flor de piel. Como lugar donde la gente podía hablar entre sí con la confidencialidad que no es posible en casa de los amigos, esta sala les dio la oportunidad de venir a hablar conmigo, de decirme lo que era imposible decirme en casa: problemas, dificultades, preguntas, el deseo de separarse, sueños personales también. Daba a los pandilleros la oportunidad de hablar de sus experiencias y expectativas.

11 Justo después de una de mis estancias con una familia, la casa fue asaltada violentamente a punta de pistola, la puerta destrozada y robaron algunos artículos eléctricos. Obviamente, los ladrones esperaban encontrar más objetos de valor. Desde entonces me pregunto por la relación entre este ataque, que puso en peligro a la familia, y mi presencia justo antes: la de una *gringa* (blanca), supuestamente adinerada.

4. A LO LARGO DEL TEXTO

Las observaciones realizadas desde 1985 me llevan a concluir que «todo ha cambiado, pero nada ha cambiado» (Abélès, 2014: 7). Los barrios marginales de Perú, descritos en los años sesenta por José Matos Mar (1966) y Turner (1969), no se parecen en nada a los actuales. Han sido completamente transformados no sólo en términos de hábitat y espacio, sino también en términos de referencias económicas, culturales y sociales. Sin embargo, una serie de retos y reivindicaciones de los primeros en llegar siguen sin resolverse. La marginación sigue estando muy presente. Sin embargo, la forma de vivirla, afrontarla y combatirla ha cambiado. Los jóvenes, en particular, están adoptando una nueva forma de ver la ciudad. Al igual que sus padres, reclaman un lugar en la ciudad y el acceso a lo que consideran «modernidad», pero su espacio es un espacio globalizado de interconexión e interdependencia (Abélès, 2014), mientras que el lugar en el que viven es, aún más que en el pasado, un lugar de encierro. En este contexto, es por tanto interesante plantearse las cuestiones de lo que se mantiene, se crea, surge de nuevas formas y se transmite entre generaciones. «Se tratará de ver cómo esta transmisión intergeneracional es experimentada por los múltiples interlocutores, entre la persistencia y la pérdida, y cómo encaja en el tejido ahora globalmente interconectado de sus representaciones y preocupaciones» (Berliner, 2010: 2).

Una buena manera de hablar de la ciudad es hablar de lo que nace y se transforma en las prácticas urbanas, juntando trozos de vida y trozos de ciudad (Agier, 1999: 9). La Tablada es esa parte de la ciudad desde la que deseo no sólo plantear las peores preocupaciones sobre el futuro del mundo, justificadas por la multiplicación de la exclusión, la segregación y los lugares de violencia, sino también mostrar que la esperanza es perceptible en la vida

cotidiana de las mujeres y los hombres que, en estos lugares desacralizados, están construyendo un espacio y un nuevo papel en la ciudad. En el contexto mundial de urbanización acelerada y globalización económica, cultural y política, lo que ocurre en La Tablada, en este rincón perdido de Lima, también nos invita a pensar más ampliamente en los mecanismos de discriminación, exclusión y deshumanización, y en lo que ocurre en otras zonas urbanizadas del mundo.

Para entender la migración masiva del campo a la ciudad y la transformación de Lima por lo que José Matos Mar llamó los conquistadores del desierto, es necesario hacer un breve repaso histórico que muestre cómo, desde el momento en que Perú fue colonizado por los españoles, se establecieron relaciones asimétricas y equivalencias asesinas. Sus efectos aún se dejan sentir hoy en día. «Los españoles parecen haber inventado precisamente el tipo de violencia que abunda en nuestro pasado más reciente, ya se trate de la violencia individual o de la practicada por los Estados. La barbaridad de los españoles no tiene nada de atávica o animal, es humana y anuncia el advenimiento de los tiempos modernos» (Todorov, 1982).

A continuación, analizaremos la historia más reciente del país y el desarrollo de la periferia de Lima por parte de los migrantes en busca de la «modernidad» de la ciudad¹². En su búsqueda por convertirse en habitantes de Lima, quienes se asientan en los márgenes de la ciudad desarrollan estrategias originales de inclusión social y de reivindicación de un lugar pleno como ciudadanos. Desarrollan organizaciones fuertes que compensan parcialmente la desinversión del Estado. Con el paso de los años, estas organizaciones han desaparecido y la comunidad se ha replegado

12 Que se definirá y debatirá más adelante.

esencialmente a la familia extensa. Surgieron nuevas desigualdades. Esta introducción al contexto histórico no es un intento de «mirar con nostalgia la belleza pasada de lo que se desmorona» (Agier, 2008: 101), sino un intento de describir lo que conecta lo cercano y lo lejano (Augé, 1992: 177) y lo que sigue constituyendo y reconfigurando lugares, relaciones, intercambios y sueños en este lugar concreto, cada vez más vinculado a un mundo globalizado, marcado por el consumismo, la violencia y los sentimientos de inseguridad, pero también por formas de solidaridad cada vez mayores.

En la tercera parte, conoceremos a familias e individuos. Hablaré de cómo intentan ser incluidos en sus barrios, en la ciudad y en una sociedad a la vez local y globalizada, que no busca incluirlos y que no es del todo democrática (Reátegui, 2000: 5). Nuevas evidencias parecen surgir de las imágenes de modernidad suavizada y globalizada impuestas como prueba de nuevas formas de dignidad por la publicidad, las imágenes televisivas, las redes sociales, etc. (Tonda, 2012). Pero la realidad es cruda, y los numerosos techos de cristal contra los que tropiezan quienes buscan una movilidad social ascendente rara vez permiten que los sueños se conviertan en realidad. En la periferia de Lima, la vida sigue siendo difícil día a día, desencantada e inestable. La informalidad es tranquilizadora, una barrera contra la precariedad¹³. Demuestra

13 *La inseguridad social* no debe confundirse con la *pobreza*, que es una cuestión de umbrales en una cultura determinada. Existe una correlación entre la inseguridad social (en términos de estatus, dinero, traslado, etc.) y la inseguridad psicológica. La inseguridad psicológica «normal», que está del lado de la vulnerabilidad ordinaria, significa que nadie puede vivir solo. Es la base del vínculo, el placer del vínculo y su ambivalencia. Conduce a *una triple confianza*: confianza en los demás que están ahí cuando se les necesita, confianza en uno mismo, que es valiosa porque los demás se preocupan por uno en momentos de angustia, y confianza en el futuro. La precariedad exacerbada, por el contrario, *puede conducir a una triple pérdida de confianza*: pérdida de confianza

que siempre es posible encontrar una salida a las dificultades. Las familias son un elemento central a la hora de facilitar o dificultar aún más las experiencias de cada individuo. Aparecen como una de las principales claves del futuro. Para los jóvenes en particular, la vida deja poco lugar a las ilusiones. La población de Lima se dispara y los hogares jóvenes ya no encuentran alojamiento asequible. Los salarios siguen siendo bajos. Las autoridades municipales tienen poco en cuenta a los residentes. En las calles, los jóvenes se juntan, forman bandas que les aportan el reconocimiento que buscan a través de la violencia. Otros jóvenes afirman su orgullo de pertenecer a un lugar construido por sus antepasados. Ocupan el espacio con danza y música. Lo transforman en un lugar de encuentro, un espacio público.

En la cuarta parte, examinamos cómo el interés por el valor de la tierra en la periferia de Lima está provocando inseguridad y violencia. Parece estar produciéndose una conquista en busca de un nuevo El Dorado. La tierra vale su peso en oro y atrae la codicia de los neo-depredadores. Las estrategias para apropiarse de lo que los habitantes de los márgenes han adquirido con esfuerzo son numerosas y violentas. El terreno de juego es desigual, y los organismos estatales que se supone que deben protegerlos están a menudo implicados en redes criminales. La muerte y la pérdida de todo lo que se posee forman parte de la vida cotidiana. La sociedad está resquebrajada por la inseguridad y la desconfianza. En este contexto, surgen iniciativas que reúnen a personas de un barrio o de un grupo determinado. Las familias se ayudan mutuamente. Reír juntos ayuda a las personas a sentirse humanas y vivas, y actúa como un dique contra el miedo.

en los demás que reconocen nuestra existencia, pérdida de confianza en nosotros mismos y en la dignidad de nuestra existencia, y pérdida de confianza en el futuro, que se vuelve amenazador, catastrófico o incluso desaparece, dando lugar a un «no futuro» (Furtos, 2007: 25-26).

Concluiré retomando los interrogantes que atraviesan toda la historia del Perú. Cuestionan el grado de consideración como seres humanos y como ciudadanos que se otorga real y prácticamente a los habitantes de los márgenes de Lima, y más ampliamente a la clase trabajadora peruana, por parte de las diversas élites, ya sean políticas, económicas o sociales. La ausencia de respuestas claras a estas preguntas, que tienen una larga historia, facilita el mantenimiento de la asimetría social en la ciudad y en el país. Permite que florezcan la discriminación y la violencia.

Frente a las diversas formas de exclusión, los vecinos de La Tablada proponen formas originales de convivencia y de pensar la ciudad. Recuerdan y renuevan las ideas ya expuestas en 2003 por la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) tras el periodo de terrorismo y represión, «para que esto [la violencia] no vuelva a ocurrir».